

Maestré la tradicional novena del Santo Cristo. Unos amigos le invitaron a venir a Zafra para que conociese la famosa feria de San Miguel. Como el canónigo diputado se presentó en hábito talar, al punto se movilizaron los «soplones», «escuderos» y demás secuaces y turiferarios del alcalde. El cual ordenó que, inmediatamente, compareciese el «osado clérigo» en el «Palacio del Consistorio municipal» a responder de su personalidad y los móviles de su viaje...

Ya en el despacho «presidencial», rogó el canónigo con exquisita cortesía:

—¿Me permite, señor Alcalde, hacer uso del teléfono?....

El Alcalde accedió, doblándose en una reverencia versallesca.

Diez minutos después el municipal de turno anunciaba: —¡Señor Alcalde, el excelentísimo señor don Juan Simeón Vidarte!

—¡Que pase, que pase inmediatamente!—repuso el Alcalde levantándose.

Juan Simeón Vidarte, joven e inteligente abogado y diputado socialista, paseó una rápida mirada por la estancia. Al ver al canónigo, y ante la estupefacción del alcalde, se dirigió a aquel con los brazos abiertos:

¡—Compañero...qué sorpresa!...¿Cómo usted aquí?....

El canónigo explicó bevemente. Juan Simeón Vidarte habló entonces con acento bastante duro:—Señor Alcalde, se trata de un compañero, diputado, como yo, en el Parlamento de la República Española... Lamentaría que ciertas arbitrariedades se repitiesen en la ciudad que represento.

EPILOGO

Queda por aclarar el enigma del cinturón.

Es sabido que la célebre pistola «Astra», y su hermana, la «Star», con las que bonitamente en Barcelona, y en otros sitios, se «eliminaban» los del «Unico» y los del «Libre», solían llevarse en una adecuada funda colgando de un *cinturón de cuero entrelazado*....Ahora se explicará el lector el pánico que inocentemente sembré, a mi paso por la ciudad de Zafra, en aquella feria de San Miguel de 1932.

PAGINAS
ANTOLOGICAS

LOS NIÑOS TENÍAN MIEDO...

Los niños tenían miedo...
yo no sé lo que soñaban...
y la noche de Diciembre
era cada vez más larga.

Los niños pidieron besos,
más tarde pidieron agua,
más tarde lloraron, y
la noche no se acababa.

Todo era sed; todo era
fiebre y frío...

La campana
del pueblo llamaba entonces
a misa de madrugada.

Hubo un suspiro... La madre
abrió un poco la ventana...
La penumbra de la alcoba
se endulzó de luz de alba.

Era una nieve dormida,
una paz triste y de plata,
un claror de lirios, una
luz melancólica y plácida:
traía las azucenas
de todas las alas albas,
todos los nardos de Dios
y todas sus rosas blancas...

...En su corral, el vecino
andaba hablando a las vacas...
Por la calle pasó un hombre...
después otro... después otro...
a misa de madrugada...

Era como un vuelo de ángeles...
una música lejana...
yo no sé que acariciases
de manos y de miradas...

Los niños se iban durmiendo...
el pueblo se despertaba...
Dulcemente, dulcemente
iba entrando la mañana...

JUAN RAMON JIMENEZ